

Epidemia de desafección

Ante la globalización y la precariedad, el ciudadano se siente desprotegido y los pilares que guiaban la vida se esfuman. Las redes sociales apenas son vehículos de la frustración. Ser crítico está bien visto, pero no sirve de nada. Por Ricardo de Querol

LA "MODERNIDAD LÍQUIDA" es una expresión del sociólogo Zygmunt Bauman para definir un modelo social que implica "el fin de la era del compromiso mutuo", donde el espacio público retrocede y se impone un individualismo que lleva a "la corrosión y la lenta desintegración del concepto de ciudadanía". Lo expuso en 1999 en *Modernidad líquida* (FCE) y su opinión no ha variado en su último ensayo, *Ceguera moral* (Paidós). "Nuestra sociedad ha hecho de la desafección una parte obligatoria de las ocupaciones vitales", sostiene el pensador de origen polaco. Ser crítico está aceptado, y hasta bien visto, pero resulta inútil cuando la política no es el verdadero poder y el Estado-nación ya no ofrece respuestas.

La desafección ciudadana —hacia las instituciones, hacia los valores tradicionales, hacia los otros, hacia el sistema— es una de las señas de nuestro tiempo en Occidente. En el pasado, la comunidad, la familia, la religión, la nación o la autoridad eran pilares sólidos. ¿A qué puede agarrarse el ciudadano de la globalización, que se siente vulnerable e inseguro, amenazado por la precariedad? *Babelia* trasladó la pregunta a filósofos y sociólogos.

"Vivimos en una era objetivamente sombría", sostiene Fermín Bouza, sociólogo experto en cultura de masas y profesor de la Complutense. "El mundo de la guerra fría era un paraíso de certezas y, en cierto modo, de paz, o al menos de guerras que no nos involucraban. Ya no. La ciudadanía lo acusa en todas las conductas: cambios de usos, de creencias, de política, personales... No somos muy conscientes de la magnitud de lo que ocurre".

Saskia Sassen, socióloga de la Universidad de Columbia, considera que "los anclajes de una persona o de un sector social, la clase media o la clase trabajadora, han sido destruidos. Muy pocas cosas son como antes, cuando se tenía un plan de vida. No hay salvavidas claros". Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2013, Sassen acaba de publicar *Expulsiones* (Katz), sobre el impacto de un sistema neoliberal incapaz de gobernarse a sí mismo. Y señala que, en vez de apuntar a la globalización, será más útil para el ciudadano movilizarse ante la "capa intermedia": los políticos y empresas nacionales. "Comprometerse con una política crítica será mejor para su salud y su alma que quedarse con su sufrimiento en casa".

"El concepto de ciudadano, habitante de una ciudad o un país que le otorga derechos

por el hecho de serlo, resulta cada vez más obsoleto", sostiene Constanza Tobío, catedrática de Sociología de la Carlos III. "En el estrecho marco de un país ningún ciudadano puede estar seguro. La inseguridad es global y su control también".

José Luis Pardo, ensayista y catedrático de Filosofía en la Complutense, opina que el sentimiento de comunidad viene debilitándose desde los inicios de la modernidad. "Incluso diría que la modernidad es, entre otras cosas, eso. Es el Estado de Derecho el que no atraviesa su mejor momento. No es que la gente se sienta más desprotegida, es

los procesos colectivos o de participación".

Para el filósofo José Antonio Marina, Premio Nacional de Ensayo en 1993, hoy todos los mensajes "apelan al yo": enfatizan la autonomía, el proyecto personal, animan a emprender la propia vida, a cuidar la marca, a buscar la visibilidad. "Esto me parece una trampa bellamente camuflada con el canto a la libertad y a la creatividad. Hace falta recuperar el gran proyecto ético de la convivencia". Según este pensador, que publica *Despertar al diptodocus* (Ariel), "la globalización produce reacciones de auto-defensa, como los integrismos, los naciona-

de asociacionismo en España", señala. Por ejemplo, crece la participación en manifestaciones o las recogidas de firmas. Los activismos que se apoyan en las redes sociales desmenten la apatía hacia lo público. Si abunda una actitud crítica hacia los políticos o el sector financiero, también hacia la economía de mercado, que tiene en España el menor apoyo entre 10 países analizados. La religión pierde peso y la familia lo gana, con una visión más abierta de su modelo, como sostén ante la crisis. "No detectamos una crisis de valores", concluye Perera. Pardo es más sarcástico: "No conozco ninguna época del mundo en la que no haya existido una gigantesca crisis de valores".

Hay autores que reclaman de ese nuevo activismo a través de Internet —lo llaman *sofactivismo*, o *clickactivism* en inglés— sea capaz de cambiar las cosas. O quizás no sea más que un "enjambre digital" que no tiene un alma común ni puede convertirse en una voz, como explica el filósofo coreano Byung-Chul Han en *En el enjambre* (Herder). Las redes, denuncia Han, se mueven entre el ingenio y compulsivo "me gusta" y las "tormentas de mierda" que confirman "que vivimos en una sociedad sin respeto recíproco". Sobre ello ironiza José Luis Pardo: "Activismo hay mucho, en efecto, pero esto es como lo de la lectura continuada del *Quijote* el día del libro, que todo el mundo está activísimo, pero nadie sabe para qué sirve, aunque seguro que para algunos será negocio".

Bauman también relativiza la irrupción de Facebook o Twitter, a pesar de su efecto en la primavera árabe o el movimiento global de los indignados. Avisa de que por esa vía estamos más controlados: nunca fue más fácil para las dictaduras identificar a los disidentes. "Las redes sociales son lugares donde la vigilancia es voluntaria y autoinfligida", escribe. Al filo de los 90 años, sigue siendo pesimista. "Con el dolor moral asfixiado antes de que adquiriera una presencia realmente inquietante y enojosa, la red de los vínculos humanos, tejida en el hilo moral, es cada vez más débil y frágil, y sus texturas se descosen".

Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida. Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis. Paidós. Barcelona, 2015. 272 páginas. 17,50 euros.

Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global. Saskia Sassen. Katz. Madrid y Buenos Aires, 2015. 294 páginas. 21 euros.

En el enjambre. Byung-Chul Han. Herder. Barcelona, 2014. 112 páginas. 12,90 euros.



Un pasajero espera en la estación de Atocha, durante la huelga de trenes de 2013. Foto: Andres Kudacki / AP

que está más desprotegida". Pero agrega: "Puede que la culpa de esto la tenga la globalización" (otros dicen 'el capitalismo', 'la eurozona' o 'Fumanchú'), pero como nada de esto son personas físicas ni jurídicas, habrá que decir que 'la gente' no hemos hecho gran cosa para evitar esa desprotección".

Ángel Gabilondo, catedrático de Metafísica antes de ser elegido diputado socialista en Madrid, lo explica así: "Vivimos en tiempos de una gran indefensión y vulnerabilidad. Y de un sentimiento compartido de incertidumbre, que no es una mera sensación. Hay urgencia y necesidad". Gabilondo, autor de *La vuelta del otro: diferencia, identidad, alteridad* (Trotta, 2001), también denuncia el individualismo, que "encuentra su gran aliado en un egoísmo amparado en la desconfianza para con las instituciones o

los localismos. Hay una querencia de vuelta al campanario del pueblo". Lo cual nos lleva a una cohesión social más débil, "enmascarada por redes sociales más densas, pero superficiales", sentencia.

Entonces, ¿estamos en un mundo sin valores? Responde Bouza: "La crisis de valores, en general, ha terminado porque comenzó mucho antes. Hay una búsqueda de nuevos valores en creencias de todo tipo. Valores más funcionales para la crisis vigente". Para Gabilondo, "se requiere una relectura de la fraternidad ilustrada en términos de solidaridad, de transformación".

Algunos niegan la mayor. Como la socióloga Consuelo Perera, que ha trabajado en el estudio internacional *Values and Worldviews* de la Fundación BBVA. "No hay desinterés hacia lo público, pese al bajo nivel

que se refieren a las identidades territoriales dadas por la arbitrariedad de nacer a un lado u otro de una montaña o de un río. Y entonces recuerdo aquella cita del idioma analítico de J. Wilkins de Borges que decía: "Los animales se dividen en (a) pertenecientes al emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados (...)". Y la recuerdo porque alude al carácter artificial de toda identidad, al componente convenido que remite a nosotros y nos permite significar, transformar y organizar mundo atendiendo, por ejemplo, a haber nacido a un lado u otro de la montaña o del río. Pero la cosa, dejando ver su potencia de cambio en la base de ser "convenida" (es fascinante que lo simbólico, en tanto facticio y vivo, pueda resignificarse y algún día, quizá, pronunciarse con voz más alta), deja ver también su importancia en la vida cotidiana. Todos sabemos que no es lo mismo cuando (x), por ejemplo, significa que te toca vivir en el lado del río o de la frontera donde hay menos recursos, o donde hay conflicto, o donde el pasado (acogido bajo eufemísticas formas de

tradición y cultura) oprime más que arropa. Las palabras, los símbolos y los límites importan; por ello, conforme las vidas y los mundos cambian, deberíamos sentirnos libres para resignificarlos.

Siento que las generaciones nacidas desde los años setenta en España hemos crecido en un entorno posideologizado, pospolitizado, donde coincidimos diversidad de procedencias, géneros, clases sociales y culturas, igualados por la educación pública y con acceso constante a la información. Generaciones sin fuertes nociones identitarias y recelosas de las grandes épicas, hasta que llegó la crisis. Una llegada que ha hecho bifurcar más aún el sentido de lo político. De un lado, el rechazo a la clase política, y de otro, la articulación de otra idea de "lo común", de nuevos lazos que hablan más de afinidades que de identidades, y de espíritus propositivos y de "disconformidad" antes que de espíritus revolucionarios ideologizados en un sentido clásico. Nos educamos en una cultura de paz y de rechazo a lo que pudiera devenir

Ilusionarnos con lo común

La crisis bifurcó el sentido de lo político. El arte puede ayudar a resignificar los símbolos de otra etapa. Por Remedios Zafrá

CUANDO PIENSO EN LA desafección política y colectiva que se respira hoy en España, pienso en las cosas que nos unen bajo esta palabra y lugar que de manera inconsciente siempre he pronunciado con voz más baja, como otras